LA DESMODERNIDAD MEXICANA (INVITACIÓN A LA LECTURA DE UN LIBRO)*

*Sergio Zermeno***

I. Del progreso al equilibrio

Es necesario generar un cambio conceptual, es decir, cambiar los instrumentos, los lentes con que estamos observando e interviniendo sobre nuestro entorno: dicho de la manera más general, debemos pasar de la idea de progreso, movimiento y voluntad (crecimiento-productividad-competitividad), a la de equilibrio, sedimentación, densificación y sustentabilidad.

Los conceptos con que los mexicanos y los latinoamericanos, en general, hemos analizado e intervenido en nuestras sociedades han cambiado de manera sintomática y muy sugerente a lo largo de la segunda mitad del siglo XX: al principio nos apoyamos en concepciones ortodoxas tributarias de la modernidad capitalista y socialista; la apuesta casi ciega era que el generar clases dinámicas (hegemónicas), en su vertiente empresarial o en su vertiente proletaria, arrastraría tras de sí, a la manera de los ejemplos clásicos, al resto de las fuerzas sociales propiciando el progreso técnico, la acumulación y el desarrollo,

* Sergio Zermeno, *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*, 2005, México, Océano, 361 p.

** Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

o propiciando riqueza distribuible a partir de un estado racionalizador, diría el evolucionismo socialista.¹

La idea fuerza era el movimiento hacia un futuro mejor, la dialéctica de fuerzas poderosas (básicamente dos), la voluntad centrada en una clase emprendedora o, cuando eso no fue obvio como en la primera periferia del capitalismo, centrada en la ‘revolución desde arriba’, desde el Estado. Había diferencias en la estrategia: evolución progresiva o conmoción y salto cualitativo (revolución), que constituyeron variantes en el camino imaginado para nuestra modernización pero, en cualquier caso, se trataba de una progresión hacia algo mejor, hacia un nuevo peldaño.

Muy pronto se hizo evidente, en efecto, que en las sociedades en tránsito, como se les llamaba, los agentes dinamizadores no eran los actores en el terreno de lo social (las clases, si se quiere), sino el Estado. En este punto, Barrington Moore y de nuevo Alain Touraine, fueron decisivos;² la discusión se desplazó entonces hacia ese terreno siguiendo distintas trayectorias. La más temprana de ellas en los años setenta, fue la ligada a las concepciones ortodoxas del leninismo: conciencia exterior a la masa convertida en partido revolucionario triunfante que, apoyada en la centralidad de la clase obrera, orienta al todo social valiéndose del instrumento dirigente privilegiado de las sociedades en vías de desarrollo: el Estado.

8

¹ Alain Touraine, “Industrialización y conciencia obrera en Sao Paulo”, en *Sociologie du Travail*, n° 1, 1961; Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, 1960, Buenos Aires, Eudeba; Florestán Fernández, *A revolução burguesa no Brasil*, 1975, Río de Janeiro, Zahar; F. H. Cardoso, M. Castells, F. Fernández, N. Poulantzas, A. Touraine et al., en *Las clases sociales en América Latina*, Raúl Benítez Zenteno (ed.), 1973, México, Siglo XXI Editores; Pablo González Casanova, “Clase obrera y sindicalismo en México y América Latina”, en P. González Casanova, *La clase obrera en la historia de México*, 1980, México, IIS-UNAM-Siglo XXI Editores; Jorge Basurto, “Obstáculos al cambio en el movimiento obrero”, en *El perfil de México en 1980*, 1972, México, IIS-UNAM-Siglo XXI Editores, vol. III; Ilan Bizberg, *La clase obrera mexicana*, 1985, México, SEP.

² Véanse Barrington Moore, Jr., *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, 1973, Barcelona, Península; Alain Touraine, *Les sociétés dépendants*, 1976, Paris, Gembloux-Duculot.

El que en América Latina se tratara de economías débiles, dependientes, primario exportadoras y de industrialización incipiente y lenta, generaba alguna nebulosidad entre los conceptos y la realidad, pero echando mano de las nociones de dependencia, desarrollo desigual y combinado, imperialismo, etcétera, y con mucha esperanza en el fortalecimiento de las fuerzas productivas y el ocaso de las oligarquías y el campesinado, nos las arreglamos desde los años sesenta y setenta para tener voluntad y confianza en que estábamos transitando, más lento o más rápido, por el sendero progresivo. Es testigo de ese momento uno de los ensayos que más impacto tendría en América Latina y que aseguraba que había fuerzas exteriores que dificultaban el progreso, pero que a pesar de ello, nos desarrollábamos: *Dependencia y desarrollo en América Latina*,³ aunque también es testigo de esto el ascenso generalizado del pensamiento y la acción guerrillera, ese asalto militar al poder para precipitar el cambio desde las alturas.

Los años ochenta nos hicieron despertar de la ilusión de la vía clásica y del atajo hacia ella que quisieron ser las guerrillas, y una vez terminada la pesadilla de la vía armada y la descomunal reacción de los ejércitos y las dictaduras militares, el panorama trajo nuevas evidencias: las grandes fuerzas sociales de los países originarios de Occidente no aparecían por ninguna parte, tampoco los partidos de clase y, para complicar el panorama, oligarcas y campesinos no se diluían, mientras la proliferación de la pobreza urbana volvía irrisorio el referente al ‘ejército industrial de reserva’, entre otras cosas porque la industria nacional dejaría de crecer a partir de aquel decenio y hasta nuestros días, lo que se acompañó con una crisis del sindicalismo y de su efímera corriente independentista.

Viviríamos, a partir de entonces, el quiebre y desaparición de la industria sustitutiva acarreados por la apertura, así como un control corporativo gangsteril de las industrias estratégicas y una explosión maquiladora sin ley (sin derechos laborales). La misma suerte y debi-

³ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Falleto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, 1969, México, Siglo XXI Editores.

litamiento sufriría el otro actor supuestamente central de la modernización, el empresariado nacional.

Así que ya sin actores fuertes, tuvimos que conformarnos con algunas nociones conceptuales y de intervención social menos clásicas, lo que hizo variar en algo las cosas pero se encontró lejos de poner en cuestión nuestros axiomas centrales: el crecimiento, el cambio, la búsqueda de un peldaño mejor. Debilitados los actores estelares del progreso, rota de esa manera la idea de hegemonía clasista, los latinoamericanos pasamos a imaginar escenarios en donde nos pareció que sería posible, al menos, la vía de la acumulación de las maltrechas fuerzas que iban quedando. El asunto, sin embargo, fue presentado con ribetes bastante sofisticados, y para ello recurrimos inteligentemente al pensamiento de Gramsci: ahora lo esencial en el problema de la hegemonía no era tanto la centralidad de la clase obrera, ni la burda acumulación de fuerzas, ni el partido o la guerra de movimientos en forma de asalto al poder; se trataba más bien de una reforma intelectual y moral, de una “síntesis más elevada capaz de guiar a todos los elementos clasistas, de masas, etcétera, bajo una ‘voluntad colectiva nacional popular’”.

10 Con esto las concepciones latinoamericanas se olvidaron de las visiones tan ordenadas de ‘clase’ y de ‘infraestructura’, adoptando las evocaciones menos puras de ‘la cultura popular’, el pueblo, la nación. Sin embargo, no desaparecían una serie de ordenadores conceptuales importantes: sociedad civil y sociedad política, guerra de movimientos y de posiciones, Oriente y Occidente, bloque histórico, clase dirigente y dominante, consenso, revolución pasiva, etcétera.⁴

Hermana gemela de este momento conceptual, pero con una duración que la llevó hasta bien entrados los años noventa, fue la llamada *Teoría de los movimientos sociales*: si bien no hay grandes fuerzas en el panorama, lo que sí tenemos es la proliferación de una serie de

⁴ Arico, Portantiero, Mouffe, De Riz, Laclau, Gluksman, Machioci, *et al.*, en *Hegemonía y alternativas de cambio en América Latina*, Julio Labastida Martín del Campo (ed.), 1985, México, Siglo XXI Editores.

rupturas, enfrentamientos, embarnecimiento de pequeños actores y de actores medios que en sus luchas y acuerdos van ocupando espacios, venciendo a la estructura autoritaria, democratizando a la sociedad y a la política y, en su vertiente más ambiciosa, empujando al todo social en un sentido mejor, elevando los referentes éticos y culturales que le dan orientación a la historia (historicidad).⁵

Cuando todas las corrientes intelectuales se encontraban en estas disquisiciones comenzó a presentarse el desastre: cada vez aparecieron menos movimientos sociales significativos en la escena; ni estas fuerzas modestas e intermedias tenían vigor para permanecer, y cada vez el panorama se atomizaba más: los campesinos migraban en cadenas de sobrevivencia; los férreos obreros solidarios de la industria se transfiguraron en frágiles jovencitas laborando en la maquila o soportando triples faenas en la soledad de sus hogares; el mundo formal de la manufactura, el comercio y los servicios se estancó, para volverse luego regresivo y expulsar a enormes contingentes de obreros, empleados, tenderos, empresarios y a casi todos los jóvenes al mundo de la informalidad, al comercio de lo que sea, al contrabando, a la piratería, a la limosna solidaria, al robo, a la droga, a la delincuencia.⁶

A la imaginería en torno a la comunidad se le sustituye con conceptos que derivan de investigaciones más cercanas al medio marginal y que nos hablan de anomia, decadencia, destructividad, desintegración, barbarie, caos, negatividad, anti-sociedad, deterioro. “¿Es aun posible pensar en algún modelo teórico de la acción social colectiva, un nuevo sistema de acción histórica, se preguntaban algunos sociólogos latinoamericanos, o estamos entrando en una *fase gris* de racionalización de la sociedad?”⁷

11

⁵ Alain Touraine, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, 1990, México, Siglo XXI Editores; Fernando Calderón (coord.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, 1986, México, CLACSO-UNU-IIS-UNAM.

⁶ Véase *La modernidad latinoamericana en la encrucijada postmoderna*, 1988, Buenos Aires, CLACSO.

⁷ Cfr. Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, *Clases y movimientos sociales en América Latina*, 1987, Buenos Aires, Estudios CEDES.

El sociólogo peruano Matos Mar agregaba que hablar de los excluidos es hablar de la mayoría, y en esa medida lo marginal ha regresado como un concepto de preocupación central. De manera que, paradójicamente, debemos hacer referencia a ‘la centralidad de los marginales’. Se trata aquí, sin embargo, de una centralidad destrozada, porque en el medio pobre, marginal latinoamericano, encontramos de todo: valores y actitudes comunitarias, delincuenciales, anómicas, populistas, consumistas-integracionistas, añoranzas de pertenencia a una clase proletaria, etcétera. Son, nos dice Touraine, “imágenes en negativo, lo que sería actor social, o de manera extrema, movimiento social, está destrozado”.⁸

12 Sin duda aquí se gestó el punto de ruptura de la conceptualización latinoamericana, porque a pesar del panorama decadente, negativo, destrozado de lo social, la sociología latinoamericana ha insistido en que hay que buscar algo que dé sentido y centro (‘principio de unidad’) al escenario: para las ciencias sociales es impensable un modelo sin una etapa futura mejor; no se puede renunciar a la idea de sentido de la historia, porque al hacerlo se tendría que renunciar también al contenido humanista, al principio de que la historia está o debe estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de las mujeres y los hombres y hacia un orden que potencie sus cualidades más elevadas: la comunicación racional, la igualdad de oportunidades, la concordia, el incremento de la cultura y el cultivo de las artes, el cuidado del cuerpo, etcétera.

Hoy con una claridad mayor que nunca, estamos en posibilidad de disociar dos aspectos en la orientación histórica de nuestras sociedades, aspectos ambos que se encontraron amalgamados de manera confusa en ese eje vertebrador de la modernidad que ha sido la idea de progreso, de progreso sin fin: por una parte hemos vivido sometidos a la urgencia de incrementar la riqueza material, a lo que naturalmente está ligado el avance científico-técnico y el andamiaje que da orden a

⁸ Cfr. Alain Touraine, “La centralidad de los marginales”, en *Proposiciones*, n° 14, 1989, Santiago de Chile.

la sociedad y a la política; por otro lado, y de manera más apremiante conforme el tiempo transcurre, vivimos la urgencia por supeditar todas estas dimensiones del quehacer social, económico y político a una elevación de la calidad humana para los individuos y los colectivos y a la preservación del entorno natural en que vivimos. En la medida en que este último aspecto está tocando a su extinción y a que sin la preservación del medio ambiente no existe vida social, el asunto del incremento de la riqueza material llega también a un límite en el que se replantea el crecimiento progresivo de la humanidad. Hoy ya no existe una referencia única al progreso, a la necesidad de una etapa posterior superior o a una voluntad metasocial e iluminada de las dirigencias. Las concepciones de progreso, de voluntad, de desarrollo, de crecimiento, van perdiendo sentido si no se asocian y se supeditan a las nociones de equilibrio, sustentabilidad, sedimentación, densificación de lo social para preservar la calidad de la vida y del entorno en contra de las fuerzas sistémicas del capital y del poder político (lo que a su vez requiere de propuestas científicas y técnicas de alta complejidad).

Pero aunque alguna claridad comienza a existir a este respecto, nos hace falta sin embargo reinventar las formulaciones hacia el equilibrio y la sustentabilidad deseadas. Mientras tanto el discurso público, el de las ciencias sociales y el del resto de las disciplinas del saber oscila entre un optimismo sin sustento y un pesimismo paralizante.

En un mundo así, con actores tan destruidos y sin progreso, pero repleto de clanes, proliferación de gestores, caciquillos (llamarlos líderes sería un exceso), y bandas sumisas, compuestas por harapientos aterrados por la inseguridad y el desempleo, se han venido imponiendo algunas redefiniciones conceptuales: del lado del evolucionismo han aparecido con fuerza la teoría del capital social y la teoría del tránsito a la democracia coronada con el nuevo institucionalismo. Esta última, como lo planteamos con más detalle en el libro, establece que si bien en el piso social las cosas van hacia la pulverización y hacia la anomia, lo importante es fortalecer un piso alto institucional desde el cual, una vez pasada la tormenta (tropezones en el inexorable sendero del progreso), sea posible mitigar la desigualdad jurídica y material. Por

su parte la concepción en torno al capital social, ha establecido que gracias a la proliferación de redes ciudadanas de todo tipo, y en particular de redes de empresarios y emprendedores, se ha demostrado que las sociedades se dinamizan, se democratizan y progresan, afirmación que vale incluso en el interior de una misma sociedad nacional, como sucedió con el círculo virtuoso y de alto desarrollo de las regiones en la Italia del norte a partir de la Edad Media al comparársele con el atraso y el autoritarismo del Messogiorno.⁹

Pero otra concepción, decíamos, comienza a abrirse paso con el nuevo siglo y establece que debemos dejar de pensar en lógicas externas a lo social, en lógicas voluntaristas, evolucionistas, en lógicas de desarrollo y de crecimiento ligadas a dinámicas exteriores, en globalidades por encima de los entornos próximos, en la competitividad por encima del mejoramiento de la calidad de la vida de las personas, de las localidades, de las regiones...

Por ejemplo, el concepto de capital social habla de fortalecimiento de redes sociales y debido a esa perspectiva ha logrado un éxito destacable, pero no ha logrado desdoblarse su propuesta con respecto al principio según el cual ese fortalecimiento o empoderamiento se corresponde con fuerzas dinamizadoras a las que se les relaciona con el progreso y el crecimiento, y en esa medida se mantiene como una concepción prisionera de la modernidad:¹⁰ redes empresariales con características cambiantes en Japón, en China, en Estados Unidos, en Alemania, etcétera, han dinamizado, de esta o de aquella manera, el crecimiento económico; o bien, redes de conocimiento, innovación y avances científico-técnicos se vuelven elementos decisivos para lograr competitividad, por encima del tamaño, y se colocan a la cabeza del progreso en infinitud de terrenos.¹¹

14

⁹ Cfr. Robert Putnam, *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, 1993, Princeton, NJ, Princeton University Press.

¹⁰ Cfr. Francis Fukuyama, "Social Capital and Global Economy", en *Foreign Affairs*, 1995, septiembre-octubre.

¹¹ Manuel Castells, *La era de la información*, 1999, México-Madrid, Siglo XXI Editores.

En esa perspectiva el empoderamiento implica dos aspectos: a) el que aquí vamos a llamar la *densificación* de lo social; y, b) el predominante cuando se hace referencia al capital social y que nos habla de fuerzas, redes, corrientes o elementos dinamizadores capaces de competir en espacios abiertos, globalizados, y capaces incluso, según ese enfoque, de proyectar a la sociedad en su conjunto hacia un estadio mejor. Y es que entre otras cosas, como ha quedado evidenciado en algunos escritos, no todas las formas de capital social empoderan a lo social o, dicho con los acotamientos que estamos sugiriendo, no cualquier tipo de capital social *densifica* a la sociedad. Un grupo de empresarios que invierte en una región no necesariamente levanta el nivel de vida de los trabajadores que han pasado a laborar en el proyecto, pero eso se vuelve aun más dramático en la era de la globalización, cuando esos empresarios argumentan que si pagaran mejores salarios sus productos dejarían de ser competitivos en el ámbito global y entonces, con el cierre, todos perderían.

Cobra entonces fuerza la noción de *densificación de lo social* en sustitución del objetivo ciego de la competitividad en economías abiertas. Todos los proyectos y acciones que se lleven adelante en torno a la producción y la reproducción de esa sociedad, en los planos local, regional y nacional, deben responder y quedar alineados al único objetivo éticamente superior: densificar a lo social, es decir, levantar el nivel de vida de individuos, familias y colectividades mediante una mejor alimentación, una mejor educación y capacitación, mejor salud, relaciones más balanceadas con el entorno natural... Una noción como ésta deja de ser dependiente de la construcción de fuerzas históricas centrales, de actores, movimiento, voluntad, hegemonía, acumulación de fuerzas, crecimiento, desarrollo, progreso y de etapa posterior siempre superior... Hay que pasar entonces de la idea de movimiento y evolución a la de sedimentación y equilibrio sustentable (distinta a la de desarrollo sustentable). Para densificar a la sociedad se requiere de una prolongada sedimentación que recree el equilibrio, y para que esto sea posible es necesario reordenar a lo local y a lo regional.

Esto exige, a su vez, cobrar cierta distancia con respecto al poder incontestado de los Estados y de las avasallantes fuerzas de la economía-mundo. No significa, sin embargo, el aislarse del comercio y de los intercambios de cualquier tipo, siempre y cuando esos intercambios no redunden en la dilución, la atomización y la anomia de las personas, las familias y las colectividades de esa región o localidad en cuestión.

¿Derrota de la sociedad?

Ahora bien, a juzgar por lo hasta aquí expresado, las tendencias no están yendo en el sentido de una reconstrucción y fortalecimiento de lo social, ni de un tránsito a la democracia. De no tomarse entonces medidas con base en convergencias y consensos más decididos se acentuará la tendencia que vamos a reseñar en el párrafo que sigue, a manera de conclusión provisoria.

En el marco de la mundialización, desde la perspectiva de los países dependientes en donde se ubica el 80% de los seres humanos, el tema central de nuestra época lo define el hecho de que el espacio de lo social está siendo ocupado mayoritariamente y en forma progresiva por agentes (uso deliberadamente esta palabra en lugar de actores), individuales y colectivos que no están recreando una superación racional y afectiva que realice las potencialidades humanas del sujeto;¹² una comprensión y un cuidado de su entorno social y natural;¹³ un fortalecimiento del espacio público, del uso de la razón en él, de unos principios básicos de convivencia logrados a través del diálogo y la interacción comunicativa;¹⁴ un orden social tendiente a fortalecer la

¹² Alain Touraine y Farhad Khosrokhavar, *La recherche de soi. Dialogue sur le sujet*, 2000, Paris, Fayard.

¹³ Enrique Leff, *Ecología y capital*, 1986, México, Siglo XXI Editores.

¹⁴ Cfr. Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa; racionalidad de la acción y racionalidad social*, 1999, Madrid, Taurus; Alejandro Sauri, *Arendt, Habermas y Rawls, razón y espacio público*, 2002, México, Universidad de Campeche-Ediciones Coyoacán, Filosofía y cultura contemporánea.

confianza, la honestidad, la reciprocidad, la cooperación.¹⁵ Ese espacio social, concebido en términos extensos (sociedad, política, cultura), está siendo ocupado por agentes que se alejan de la estrategia de buscar para su quehacer un sentido en un nivel elevado (una historicidad, una orientación futura mejor); estamos viviendo, crecientemente, en escenarios en donde han sido completamente debilitadas las fuerzas, clases y actores de la modernidad (empresarios, obreros, campesinos, pequeña burguesía propietaria, clases medias asalariadas). El espacio social está siendo ocupado, entonces, por agentes que parecen más bien alejarse de un tipo de orden en el que la ‘sociedad se produciría a sí misma’, dinamizada por movimientos, actores e identidades colectivas,¹⁶ incrementándose en cambio la incidencia de los ‘garantes meta sociales del orden social’: las fuerzas incontestadas de la economía-mundo, los poderes del Estado y de la política, los liderazgos personalizados, la conformación de condensaciones grupales (tribus), necesariamente verticales, para articular las demandas del entorno popular, su agresividad y su violencia... En consecuencia, es el eje exclusión-violencia-verticalismo-pragmatismo-estancamiento-regresión el que se vuelve a todas luces dominante (la primacía de los sistemas del poder y el dinero), en detrimento del eje desarrollo del sujeto-racionalidad comunicativa-organización horizontal-producción de la sociedad por ella misma-comprensión del sentido de la acción-tránsito a la democracia; en detrimento pues del “espacio público en donde se desarrolla la vida de los hombres en sociedad”.¹⁷

17

II. La reconstrucción social

Al menos las expectativas en el siglo que comienza no están yendo en esa dirección sino en la contraria y ello debería hacernos pensar

¹⁵ Francis Fukuyama, *La gran ruptura. La naturaleza humana y la reconstrucción del orden social*, 1999, México-Buenos Aires, Atlántida.

¹⁶ Cfr. Alain Touraine, *Production de la société*, 1973, Paris, Editions du Seuil.

¹⁷ Habermas, *op. cit.*

en conceptos más útiles, más acordes con las necesidades de las tres cuartas partes de los hombres en el mundo, para hablar de sus vidas en los cien años que se aproximan. Si de verdad nos preocupan nuestras sociedades, entonces los temas del sufrimiento, la marginación, la incultura, el dolor de no entender el entorno en el que se vive y el caer en la violencia o en la amargura, en la regresión humana y la destrucción de la naturaleza, debieran colocarse muy por encima del economicismo dominante en torno a la competitividad, la medición y la elección racional.

Hay un camino posible de reconstrucción social que no va necesariamente en el sentido evolucionista de mayor técnica, mayor competitividad, mayores intercambios exteriores, siguiendo las formas más espectaculares de la sociedad informacional y de los medios de comunicación masiva, sino que comienza a construirse cada vez más a distancia de estos referentes, sirviéndose de ellos pero condicionadamente en la medida en que tales referencias se han convertido en disolventes poderosísimos de la vida pública, de la densificación social y de la concordia.

18 Dicho camino de reconstrucción social depende de *la generación de colectivos sociales en espacios intermedios*, entornos manejables para los seres sociales no profesionalizados: la autonomía regional, la democracia participativa, la organización vecinal; colectivos empoderados en el plano social, capaces de entablar relaciones de igualdad y respeto hacia las fuerzas que vienen *de su exterior* (los proyectos de desarrollo económico, los flujos del comercio y los establecimientos comerciales e industriales, nacionales e internacionales, los proyectos gubernamentales en todos los terrenos, los medios de comunicación y otras agencias que hablan de esos colectivos, los estudian, los interpretan y dicen incluso representarlos), y capaces de entablar también, *en su interior*, relaciones de respeto y equidad entre los actores que componen esos espacios intermedios de empoderamiento (mitigando la dominación y la explotación salvajes en el interior de la familia, la comunidad, la localidad, la región).

La sociedad informacional, la sociología global, las grandes flechas negras que muestran la frecuencia de los intercambios mercantiles, financieros, de la ciencia y la técnica entre las grandes regiones y metrópolis del mundo, de Europa a Norteamérica, al Japón y al Sureste asiático,¹⁸ no son los espacios ni los procesos que debieran concentrar, casi monopolícamente, el interés de las disciplinas de lo social y lo humano, sino la infinidad de pequeñas flechas enrojecidas por el sufrimiento que se agolpan en la India y en toda el Asia, en África y en América Latina, y entre los que *aún* constituyen el 10 o 20% (pero que pronto llegarán al 30 o al 40%), de marginales que sobreviven en los países de una OCDE que se empequeñece. Son todos éstos, agentes en pulverización, degradación, dilución, masificación, a los que están llegando muy pocos flujos de recursos (materiales e intelectuales), y que es obvio, hoy, que van a permanecer ahí, sin proyecto, sin recomposición, según nos lo indica la entrada al túnel del siglo XXI.

No es cosa pues de dedicarse a los pobres y a la pobreza, en alguna especie de filantropía, sino de descubrir los complejísimos mecanismos y órdenes imaginables (y de la experiencia pasada), que puedan reconstruir a lo social-colectivo-local-regional y, desde ahí, hacer frente y corregir las situaciones de inequidad y anomia: un asunto que requiere un alto grado de producción intelectual sistemática y de experimentación y que hasta el presente, a pesar de su evidencia aplastante, no ha sido colocado con la visibilidad y con las dimensiones que reclama.

Es precisamente en este marco en donde nace el proyecto de llevar adelante una ingeniería y una moral reconstructiva de las potencialidades de la sociedad civil, una sociología que reconstruya material, anímica y axiológicamente a lo social desde lo social mismo (desde los espacios y los territorios unas veces, desde los agregados humanos y las temáticas otras: juventud, mujeres, etc.), desde lo institucional también naturalmente (pero sólo si su contraparte, lo social, ha sabido encontrar caminos para expresarse a través de algo así como una cultura

¹⁸ Castells, *La era de la información*, op. cit.

cívica activa). Se trata de una reconstrucción que sepa particularizar en las dificultades para ser implementada en los distintos ‘panoramas’ urbanos, semi-urbanos y rurales (vecindario, comunidad, área urbana, pueblo, colonia, unidad habitacional, zona, cuenca, región, región autónoma, frente municipal, ejidal).

Digamos que estos experimentos y estas nuevas formas organizativas, están aportando ya experiencia en torno a las dimensiones óptimas de estos reagrupamientos, así como sobre las técnicas, temáticas, etapas de discusión y jerarquización de demandas, toma de acuerdos, etc. Se están constituyendo como una propuesta de empoderamiento horizontal, con todas las dificultades que eso significa. De esa experiencia están aprendiendo los vecinos, los administradores públicos, los equipos profesionales que fungen como asesores de esas agrupaciones, asociaciones de comités, de municipios, de ejidos, y ojalá que puedan también alimentarse los centros universitarios y los partidos y organizaciones políticas (pero no para aprender a destruir o a pulverizar con más eficacia la resistencia ciudadana).

Se está reuniendo un cúmulo de experiencias que sin duda sirven ya de guía de acción de todo tipo de condensaciones asociativas y de su articulación difícil y compleja con los hacedores de programas gubernamentales y los responsables de la legislación a este respecto (en el libro dedicamos un anexo completo a la descripción de una amplia gama de estos ejercicios de auto-empoderamiento que han tenido lugar y están teniendo lugar en toda la República mexicana, en consonancia con muchos otros ejercicios del mismo tipo en el plano latinoamericano, y de otras partes del mundo).

III. Desde lo social intermedio

Con base en lo anterior se propone el reforzamiento de espacios y agregados intermedios en torno a propuestas igualmente de alcance intermedio, que son los ámbitos privilegiados desde los que se debe atacar el problema del estancamiento, la exclusión, la anomia, el

deterioro ambiental:¹⁹ de poco sirve que un comité, un ejido o una asociación aislados, representando 3 o 5 mil habitantes, se proponga animar tareas y plantear sus problemas a las autoridades y a otras instancias, habida cuenta de las vigorosas fuerzas que tienden a debilitar a cualquier estrategia de empoderamiento social. De poco sirve igualmente recrear fronteras e identidades reales o imaginarias que contengan en su interior a trescientos o quinientos mil habitantes, que son lo propio más bien de una unidad gubernamental (una macro-región federal o una delegación territorial), si éstos no descansan en andamiajes organizacionales intermedios debajo de ellos. Se sabe por experiencia que tan dilatadas acumulaciones proyectan aparatos y liderazgos con lógicas francamente exteriores al objetivo deseado de resolver los problemas que han sido construidos como tales desde lo social intermedio.

Las asociaciones de comités vecinales y también los consejos ciudadanos (municipios, federaciones socio-territoriales), articulándose con ONG's, escuelas, parroquias, empresas y otros organismos (dependiendo de cada situación), que involucran en un trabajo constante a agregados de entre veinte y sesenta mil habitantes (de nuevo cada caso es distinto), parecen ser condensaciones más adecuadas para permitir el objetivo de la densificación social. Aseguradas esas dimensiones los representantes vecinales no se ven obligados, por ejemplo, a desplazarse a las instancias de gobierno y administración (ejercicio tan desgastante), sino que el flujo es al revés: los equipos del gobierno acuden a los espacios vecinales.

En resumen, en el mundo actual, la manera privilegiada de acercarnos al objetivo de mejorar la calidad de la vida de la gente en un país como el nuestro (neoliberal, subordinado, en desmodernización), es mediante la generación de *campos sociales medios*, y de su empoderamiento, desde los que sea posible plantear la generación-retención de lo que podemos llamar con el genérico de energía (entendida como generación-retención de riqueza material, densificación humana, poder

¹⁹ Incluimos en el libro una extensa bibliografía a este respecto.

social, saber científico-técnico e identidad cultural). Agreguemos desde ya que, particularmente en nuestra época, sólo desde estos campos sociales medios es posible contrarrestar a los poderes del capital y de la esfera estatal-política. Para la generación-empoderamiento de un campo social medio es necesario:

- a) Plantear el tema de la *generación-retención de riqueza material*, sin perder nunca de vista que el objetivo más alto es el mejoramiento de la calidad de la vida de los miembros de cada campo social.
- b) Este objetivo requiere, igualmente, la *generación-retención de agentes internos* organizando y dinamizando las potencialidades en cada campo, un desarrollo endógeno sostenido, una dinámica emprendedora que se logra con la transmisión de experiencia por medio de sistemas y métodos organizativos, educativos y de entrenamiento (con base en la generación de estos agentes es que hablamos de densificación social).
- c) A lo que se aúna el *curso de agentes externos*, universidades, ONG's, organizaciones religiosas, organismos internacionales de ayuda, etc., capaces de generar-retener tecnologías, prácticas, formas de organización en cada campo, en los terrenos de la producción de riqueza, la alimentación, la salud, la vivienda, la seguridad, etc.
- d) Los campos sociales medios permiten, de manera óptima, *conservar y mejorar el entorno ambiental*, pues tienen dimensiones que refuerzan la generación del espacio público, de un accionar a escala humana que facilita el balance entre familia, escuela, colectivo y hábitat (medio ambiente).
- e) Los campos sociales medios permiten además, ya lo decíamos, un *mejor balance entre poder político y poder social, y entre poder económico y poder social*. En el primer caso, porque desde ese ámbito restringido es posible establecer una relación de mayor rendición de cuentas con los liderazgos y a las corrientes políticas (partidos, organizaciones), que tienden,

sobre todo en nuestra cultura, a fugarse hacia las altas esferas centralizadas de lo estatal y lo nacional (la propensión burocrática la hemos llamado en otra parte);²⁰ en el caso del poder económico, porque cualquier inversión, incluidas las de las grandes firmas, tiene que encontrar un reposo, un asiento en una región, en un campo medio, y cuando éste ha alcanzado cierta consistencia, la lógica del capital encuentra redefiniciones y resistencias al compulsarse con la lógica de la mejor calidad de vida de los colectivos que van a ser afectados.

- f) De la misma manera, el empoderamiento de campos sociales medios puede enfrentar paulatinamente el reto de la *igualación de oportunidades* para todos sus integrantes vía el gasto público, los impuestos, la educación y otros mecanismos.
- g) Mucho de lo anterior depende del *reforzamiento de una cultura cívica*, lo que en parte asocia este planteamiento al tema del capital social (que nosotros hemos preferido llamar densificación de lo social), con los acotamientos que haremos en apartados posteriores referentes a que “no todo fortalecimiento del capital social redundará en un fortalecimiento de campos sociales medios” (densidad). Se vuelve central entonces la generación y el reforzamiento de la convivencialidad, la solidaridad, la confianza, la comunicación, el fomento del espacio público, la generación de normas que embarnezcan las prácticas...
- h) Junto al mejoramiento de la cultura cívica, todos los ‘vectores’ enunciados anteriormente deberían conducir hacia *una ética tendiente a evitar las fugas de riqueza y energía* del campo social medio. Es decir, lo que ahí se genera, con base en los recursos materiales, el trabajo de la gente y la gente misma, debe ser valorado, abriéndose al intercambio de productos y personas, naturalmente, pero toda esa dinámica debe tener

²⁰ Sergio Zermeño, *La sociedad derrotada, el desorden mexicano de fin de siglo*, 1996, México, Siglo XXI Editores.

como uno de sus objetivos el evitar el saqueo de la riqueza (natural, cultural, laboral), de cada campo.

IV. ¿Cómo hacer sociología cuando lo social se desvanece?

Al inicio de los ochenta, el neoliberalismo establecía que los sacrificios de reordenar nuestra economía para su competitividad global traerían como recompensa una democratización de los sistemas y de las prácticas políticas, transición vigilada por las grandes potencias y sustentada en que, pasado el shock aperturista, los beneficios ‘gotearían’ sobre los sectores más golpeados. En la década siguiente, este optimismo desaparecía a medida que todos los indicadores registraban incrementos en la pobreza de los amplios sectores poblacionales y se disparaban los índices de violencia y delincuencia. El replanteamiento implicó un recorte en los alcances éticos del modelo: los sectores mejor integrados habitarían los apartamentos consolidados de la institucionalidad: los partidos, las universidades, etcétera, mientras el ancho mar de los excluidos seguiría reproduciéndose en el escenario fragmentado y anómico de la precariedad, habida cuenta de sus dificultades para poner en marcha movilizaciones consistentes y darse formas organizativas y de empoderamiento.

Al doblar el siglo este modelo cínico o esquizofrénico también se desmorona: en los partidos y las organizaciones políticas, como el PRD, que pretenden abarcar toda la gama social, desde los espacios cupulares e incluso de administración pública, hasta los más enraizados en el medio popular y de la exclusión, no está resultando para nada cierto el que el orden de arriba y adentro vaya impregnando al de abajo y afuera (las escaleras se barren de arriba para abajo), y más bien lo de abajo y lo de afuera está erosionando a lo de adentro y lo de arriba. La creciente pobreza parece estar teniendo la fuerza para impregnar con sus reglas a los espacios de las cúpulas y de los integrados: en lo popular proliferan formas defensivas, pequeños liderazgos, tribus de barrio y caciquillos que tienden a asociarse proyectando a otros

liderazgos intermedios que negocian constantemente sus fidelidades, corrientes y alianzas hasta ir ocupando (muy lejos de que ello implique prácticas democráticas), crecientes espacios de influencia en los partidos, las instituciones, los centros de educación superior y las administraciones. Las orientaciones de las cúpulas partidistas son reinterpretadas y redirigidas por las ‘corrientes’ hasta ser desfiguradas por los intereses de cada pandilla.

Las pandillas con un enganche popular más eficaz y más hábiles para asociarse con otras de su género predominan, mientras las expresiones más individualizadas y que coinciden hasta cierto punto con los cuadros más profesionalizados van perdiendo terreno y representación. Aparece incluso un anti-intelectualismo como ha sucedido en algunos momentos a partir del movimiento huelguístico estudiantil de 1999.

¿Qué concluir pues de este tercio de siglo que nos separa del movimiento de 1968? ¿Hemos superado realmente *la lógica del suicida y el asesino*? ¿Los movimientos y manifestaciones sociales de la extrema pauperización, aquellos que encuentran su ideología en el hecho lacerante de la acumulación inhumana de las 500 grandes firmas del mundo, seguirán aceptando participar en este sistema institucional que legitima la exclusión? ¿La ideología de la acumulación de fuerzas, base de esa lógica suicida, no estará regresando, a juzgar por algunos rasgos del movimiento del CGH, del zapatismo y del radicalismo urbano-popular (en el que fueron arrinconados los habitantes de Atenco, por ejemplo)? ¿Nuestra *fascinación por el vértice*, con esa capacidad de absorber hacia arriba a los liderazgos y dirigencias populares, se mantendrá como la esencia de nuestra cultura y de nuestro orden políticos? ¿Qué hacer para que los partidos y las fuerzas políticas no caigan en la pulverización y en la tribalización?

El reto sigue siendo cómo lograr el fortalecimiento, la densificación de la sociedad civil y de sus actores, desde los comités vecinales, municipios, regiones... hasta los espacios educativos, laborales, electorales... Cómo dejar atrás nuestra fascinación por el vértice, cómo limitar al tlatoani que todos llevamos dentro.

Se impone una conclusión: cómo seguir pensando sociológicamente ante una realidad tan adversa para el fortalecimiento de lo social, ante un panorama de tan difícil sedimentación y densificación. Porque en efecto, a pesar de lo establecido en la parte tercera de este libro en torno a la necesidad de reconstrucción de campos medios local regionales y a pesar de la larga lista de estos ensayos reproducida en las partes tercera, cuarta y en los anexos, una serie de otros fenómenos parece dificultar hasta el extremo la pretendida tarea de densificación.

Si debiéramos enumerar estos fenómenos porque, a pesar de todo, existe el imperativo de actuar, habría que desglosarlos en tres órdenes:

Primero, la herencia de una cultura estatal, como intentamos describirla en el último apartado del libro, que no se diluye en la historia sino que ejerce su matriz hasta el presente, que sigue atrayendo con gran fuerza los ejercicios sociales hacia el vértice de la pirámide.

Segundo, el brutal impacto desordenador, desmodernizador, que nos ha acarreado nuestro enganche con la globalización y con la economía abierta, tal como creemos haberlo ilustrado en los apartados primero y segundo de este trabajo. Ha sido un impacto tremendo, particularmente en este país-frontera con la economía más poderosa del mundo; un impacto que pulveriza la densidad social, que pauperiza, que masifica y que, en ese impulso mismo, no hace sino concentrar la esperanza de los hombres y mujeres difusos, dispersos, desorientados, en el resurgimiento de los liderazgos salvadores, ‘alguien que nos dé un rayo de luz’, ‘que le dé sentido a nuestras vidas’, lo que no sólo vuelve a ofrendar el poder a las alturas, sino que redundo en la personalización del poder, en ciclos de esperanza en los liderazgos y de desilusión permanente: de Cuauhtémoc a Salinas, de Fox a López Obrador. Con esa actitud y en tal situación se vuelve doblemente pesado el intentar una reconstrucción desde lo social-local-regional.

Tercero, la regresión democrática a nivel mundial, el retraimiento de Occidente, la locura del imperio ante el agotamiento del entorno natural y la ceguera concomitante para entender que estamos ante un desbalance brutal de los factores del progreso y que necesitamos

imaginar nuevos paradigmas, nuevos balances, nuevas sedimentaciones ante el fin del desarrollo; balance y sedimentación. Los dos primeros imperativos sociológicos ya los habíamos reseñado; detengámonos ahora en este tercero.

V. ¿La consagración de la democracia?

Pongámoslo de la siguiente manera: la democracia, definida en su esencia sociológica, es el concepto que corona a la modernidad, es el momento en que los actores propiamente sociales toman la primacía, son capaces de gobernarse a sí mismos; la sociedad, dijo Alain Touraine al inicio de los años setenta, ha llegado al punto de producirse a sí misma (“*la production de la société par elle même*”), y Habermas remataba la misma idea exigiendo dar primacía al plano de los hombres en sociedad, al ‘mundo social de la vida’, frente a las esferas sistémicas de la dominación económica y política.

Había llegado el momento en el que los actores sociales, en sus relaciones de conflictividad o de convergencia, pudieron ser pensados, de manera franca y por primera vez, como fuerzas más poderosas que los ‘garantes meta-sociales del orden social’ que hasta entonces habían dominado, y habían explicado también la dinámica histórica, y por garantes meta-sociales se entendía: los imperativos marcados por los determinantes naturales, las fuerzas productivas, los influjos de la economía-mundo, el poder de los órdenes religiosos, el poder incontestado de los Estados...

En realidad, esa consagración de la modernidad, ese protagonismo de los actores sociales tenía como imperativos, para asegurar su permanencia, tres equilibrios que nunca pudieron consolidarse: primeramente, un equilibrio entre todos los actores del escenario social de una nación (la erradicación de la pobreza), equilibrio de justicia que no se logró y que, por el contrario, se encuentra claramente en regresión. Segundo: un equilibrio en la distribución de la riqueza entre las naciones, que tampoco se logró, ensanchándose la brecha entre el Norte y el

Sur. Y tercero: un equilibrio entre las exigencias de las sociedades para su reproducción y las capacidades del entorno natural para satisfacer esas exigencias: nos referimos al asunto del fin de los recursos de la naturaleza para mantener el nivel de consumo de nuestras sociedades (particularmente las occidentales), y que François Partant resumió magistralmente hace algunos años, calculando que si la humanidad entera alcanzara el estándar de consumo de un americano medio, la biosfera se agotaría en unas cuantas semanas.²¹

Obviamente estos tres equilibrios no se lograron, pero en la medida en que el tercero de ellos, el agotamiento de los recursos naturales, expresado en el agotamiento de las fuentes energéticas, se ha agudizado, los países de más alto desarrollo, y en particular los Estados Unidos, no pudieron encontrar el camino para generar un consenso social en busca de una *autocontención de sus niveles de consumo*, ni un cambio de modelo de desarrollo, y prefirieron lanzarse, con argumentos sin ningún sustento, a la conquista violenta de las fuentes mundiales de energía (particularmente del petróleo, claro está).

El no haber podido llegar a un consenso así para moderar el consumo ha significado, sin duda, el gran fracaso de nuestra época, fracaso que denota, trágicamente, el fin del corto período verdaderamente democrático de la historia mundial, ese período en el que, en efecto, la sociedad se produjo a sí misma: con ello perdió la sociedad y, de no enmendarse el camino, estaríamos ante el ocaso y la regresión de Occidente, de la democracia y de la modernidad.

Eso ha tenido una serie de efectos que han actuado en detrimento del poder de los hombres y mujeres en sociedad, en detrimento del mundo social de la vida: se ha colocado en el centro de las decisiones sobre la orientación futura del mundo (historicidad), a una amalgama de las más altas esferas del poder político y económico que han sobredimensionado a los enemigos de Occidente y a la tecnología

²¹ François Partant, *Le fin du développement, naissance d'une alternative?*, 1983, Paris, La Decouverté-Maspero.

para su aniquilamiento, gracias al control de los medios masivos de comunicación, haciendo aparecer como inevitable la vía militar.

La derrota que las sociedades centrales le infligen a su periferia es, en realidad, el producto de una derrota que ha tenido lugar en su interior contra su propia sociedad. Hacia el interior de Occidente esto produce un déficit de sociedad, porque la opinión pública se paraliza ante la sangre televisada de cada día y termina en la complicidad con las estructuras del poder y el autoritarismo. Pero hacia el exterior de los países centrales el déficit de sociedad es aún más brutal, pues al pasar a segundo plano la ‘guerra regular’ en favor de la ‘guerra preventiva’ entre fuerzas claramente desiguales se da paso al saqueo puro y simple de las riquezas naturales, al control sin mayores explicaciones de los territorios estratégicos para la ‘seguridad’ del centro e incluso, en el mismo impulso, a la destrucción y al robo de los museos y los referentes culturales de la identidad. Ahora bien, cuando eso se combina con la precariedad extrema de enormes masas de desposeídos, estamos frente al más rico invernadero para hacer florecer la acción y el pensamiento heroicos: ante el poder inconmensurable de las fuerzas invasoras, no queda otra salida que el acto sublime de ofrecer la vida. Así, lo que a lo largo de la historia del hombre se llamó heroísmo hoy, gracias al poder imperial y a sus medios electrónicos, se ha rebautizado como terrorismo.

La tarea de las sociedades centrales de Occidente es encontrar un camino para colocar nuevamente a las fuerzas de lo social al frente de las decisiones históricas, las que orientarán su futuro, y la de lograr nuevos consensos sobre una vía posible de autocontención consumista; para ello están mejor preparados, qué duda cabe, ciertos países y regiones de Europa que los Estados Unidos.

Nuestra tarea es entender de qué manera la América Latina, y los países no centrales, se inscriben en este marco, pero sobre todo, de qué manera pueden salir de él. Luchar y vencer la dinámica perversa de la precariedad, la incultura, la deshumanización, en resumen, la dinámica de la desmodernidad de nuestros países, cuyo símbolo más aterrador es el ascenso irrefrenable de la delincuencia, la violencia, el

secuestro y la tortura. Claro está que desde el punto de vista del Sur, para el logro de un reordenamiento y de una relación más balanceada, se requiere ni más ni menos que lo mismo que le estamos exigiendo a los países centrales: una re-densificación de lo social, pero eso, en el estado de alteración, desorden y anomia de un país como México, será una tarea muy larga y deberá contar con impulsos del exterior.

Reconstruir, redensificar a nuestra sociedad será pues una tarea difícil, pero no nos queda otro camino que intentarlo buscando la sedimentación, el balance, la sustentabilidad, el fortalecimiento de espacios intermedios.